



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

ORESTES VELL DO

De parranda.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

El encanto del pecado.

MANUEL SORIANO

La señora diablo.

A. ORTEGA

... Y los sueños, sueños son.

JULIO ESTÉVEZ

Los puños de Margarita...

FÉLIX RECIO

Epigramas.

JACINTO CARMÍN

Nuestras cocotas.

FERNANDO S. YESTE

Cómo caen muchas mujeres.

LUIS DE OSSA

¡Amor!

GONZALO CANTÓ

Corriente Calamo.

TOVAR, DEMETRIO, UCETA,

ESTEVANILLO, ALFONSO y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Pilar Caudet,
Cecilia Gálvez y otros dibujos.



PILAR CAUDET

5 cénts.

«Divette» valenciana, muy gentil y muy mona, que ha ganado dos ó tres premios por bonita, y gana aplausos por su voz y su gracia en los escenarios que aparece..



I

Llegó un paleta á un convento
y preguntó á la tornera:

—Hermana: en este aposento...

¿hay una monja de Quénto
que tiene la madre fuera?

La tornera, sorprendida,
por el alma, pecadora,
consultó á la Superiora,
quien se presentó en seguida.

—Hermano: ¿qué deseais?

—dijo con mística unción—;
y el paleta, bonachón,
se apresuró á contestarle:

—¡Dígale que vengo á darle
un recaó... sobre un colchón!

II

A la puerta del portal,
taller de un ruin cuchillero,
colgado había este letrero:
«Se echan vainas desde un real.»

Cruzó, deprisa, Pascual;

y una faca, que llevaba,

á su mujer la entregaba

diciendo, desde el umbral.

—¡Maestro, ahí va mi mujer,

que le lleva á usted faena;

échele una vaina güena

que yo no tardo en golver!

III

Disputaban sin razón
(por cuestiones de aceituna)

dos labriegos de Porcuna,

en la taberna de Antón.

—¡Cállate... ó te salto un ojo!

—gritó el más viejo, borracho—;
y contestóle el muchacho:

—¡De un palo... le dejo cojo!

—¿Alzarme la voz á mí?

—rugió el vejete ladino—;

y el jovenzuelo, mohino,

respondió fuera de sí:

—¡A'sté ¿qué? ¡vamos á ver!

Y dijo el viejo:—¡M'espantal

¡A mí no me la levanta

naide más... que mi mujer!

IV

Entró la Blasa á servir

en casa de la Tomasa,

teniendo el vicio, la Blasa,

de tocarse... la nariz.

Tanto el dedo introducía,

tan amenudo y tenaz,

que logró ponerse el naz

lo mismo que una zandía.

Observándolo Tomasa,

al doctor mandó llamar,

quien, sin hacerse esperar,

presentóse, al punto, en casa.

La Tomasa, previsora,

dijo al galeno... muy quedo:

—¡La chica se mete el dedo

de cuarto en cuarto de hora!

—¿Dónde y cómo...?

—En la nariz.

—Vamos hija... ¡qué torpezal

¡Vicios de naturaleza

difícil de corregir!

Sacó el doctor una sonda,

y observando la hinchazón,

con alguna precaución

la metió, bastante honda.

Y la criada, en su duelo,

le decía al doctor Pez:

—¡Métamela usted otra vez,

que me da mucho consuelo!

Orestes Vellido

EL ENCANTO DEL PECADO

I

RODIEMOS á la célebre dama, que tomando un sorbete en cierta calurosa tarde del estío, suspiró con pena, deseosa siempre de acrecentar el placer con el fuerte encanto de lo prohibido: «¡Qué lástima que no sea pecado!»

Sentados en torno á la rústica mesa que los dueños del caserío habían sacado á la explanada para servir á los elegantes bañistas que, en un capricho de gentes acostumbradas á vida más turbulenta y aburridos en la monotonía de las horas de balneario, habíanse encaramado á la montaña, bebían con fruición la rica sidra, fresca, dorada y espumosa. Desde la alta meseta divisábase el panorama de las cumbres pirenaicas, un poco teatral bajo el cielo azul pálido. Primero eran las montañas verdes y jugosas, luego los riscos áridos y escarpados, y, por fin, esfumándose en lontananza, los picachos cubiertos de nieve que el sol poniente teñía de rosa.

La mayoría de los expedicionarios habíanse dado por vencidos á medio camino, y de los que siguieron, blasonando de fuertes, al llegar allí, renunciaron á continuar, excepción de Lidia Alcocer y Pepe Robles. Ahora por entre árboles y malezas divisábase de vez en cuando un tono del traje claro de la dama, ó una de sus redondas y apetitosas pantorrillas, enfundadas en la media de seda, ó bien los blancos pantalones del galán.

Nina Robles contemplaba con vaga mirada atejarse la pareja, indiferente para las infidelidades conyugales de su marido, mientras sentía los pies audaces de Paco Fuertes que aprisionaban el suyo, fino y leve, ó, más osados, hacían excursiones investigadoras por las piernas arriba. A Nina Robles podía decirse una mujer divina. No era la escultura clásica, ni la virgen boticellesca, ni la pálida Ofelia, ni aun siquiera el tipo castizo

de la belleza andaluza; era la mujer llama, la hembra toda pasión, fuego, luz. Delgada, pero de curvas firmes, voluptuosas, excitantes; muy blanca de rostro, el pelo negrísimo, los ojos inmensos, profundos, sombríos, ardientes; tenía dientes como piñones, labios como cerezas, carnosos, rojos glotonos; era, en fin, una de esas criaturas nacidas para el amor, de esas mujeres capaces de inspirar una gran pasión, pero no quitaesenciada y espiritual, sino toda ardor y lujuria. Ahora, reclinada en el sillón de mimbres, la cara



El librero.—¡A quince tomo! ¡A veinte tomo!
Sarasate.—¡Jesú, qué barato!

sombreada por la enorme pámela negra, coronada de rosas pálidas, y defendido el cutis alabastrino del aire por espeso velo de encaje; el cuerpo moldeado procazmente por el traje de piqué malva y cruzadas las piernas mostrando de ellas buen trozo, ceñido por liviana media de encaje, malvas también, se dejaba adorar por aquel buen mozo rubio y fornido como un *sportman* inglés.

Julito Calabres seguía, mientras tanto, su labor desmoralizadora:

—Porque desengañense ustedes, el verdadero encanto del pecado es ese; serlo.

Pilar Valdivia, con su procazidad de solterona con vistas á la cáscara amarga, hizo una observación de inaudita desvergüenza:

—Pues Adán y Eva no sabían que era pecado, y sin embargo les pareció cosa rica.

La vizcondesa de Almudaina se escandalizó. A ella el pecado se le figuraba (se le habla figurado de muchos modos, desde un oficial de húsares á un canónigo de Tortosa), como un bicho raro, flaco, estirado, largo, largo...

—Sobre todo, largo—insinuó Julito.

Rieron. Pero Nina se aburría. La conversación le cargaba; sólo el *coqueteo* distraíale (el *flirt* y las novelas de amor eran su flaco).



El.—Me han dicho que Lili cobra su postal-retrato dedicada á cincuenta pesetas.¿

Ella, despectiva.—Sí; es que entrega primero el original.

Además, la frescura de su marido le estaba poniendo nerviosa. No es que le importase nada (¡barta estaba ella de saber sus amores con la loca de Lidia Alcocer y teníanle muy sin cuidado!); pero le estaba poniendo en ridículo, y además no le perdonaría nunca aprovechar para divertirse un momento en que ella se aburría á perecer. Impaciente, púsose en pie:

—Yo, subo. ¡El que me quiera que me siga!

De un salto, Paco Fuentes se colocó á su lado:

—Yo.

Rió ella:

—Pues andando.

II

¡Se habían perdido!

Primero, jugando como chiquillos; después, hablando como personas mayores. El apretaba el cerco, ella se resistía. Paco, excitado, loco, susurraba á su oído frases de pasión, promesas de amor; Nina denegaba tercamente:

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

—¿Pero por qué?

Dió una razón llena de candorosa ingenuidad:

—Porque, además de todo, no hay sitio.

—Aquí.

—¿Aquí? ¡Qué horror! ¡Para llenarse de bichos y yerbas y luego estar quince días rasándonos como perros!

—En el hotel.

Sonrió ella á un pensamiento que cruzaba su cerebro y casi dispuesta á ceder:

—¿Qué cuarto tienes?

—El 37.

—¡Uf! Casi junto á Pepe. ¡Imposible, chico, imposible, aquí!

La imagen de la violación pasó por los ojos del caballero como un recurso un poco bárbaro, pero aceptable en caso de apuro:

—¡Pues ha de ser!

—Pues, no.

Y leyendo sus intenciones en la mirada ansiosa con que la envolvía, echó á correr monte arriba.

El galán, como un fauno cazador de ninfas, corrió tras ella. Dábala ya alcance, cuando en un recodo del sendero encontróse ella súbitamente ante un abismo, y perdió pie. Lanzó un grito, y antes de tener tiempo para pensarlo, se halló entre los brazos del muchacho. Cerró los ojos, como si fuese á desmayarse, y luego, abriéndolos lentamente, envolvióle en una larga mirada plena de promesas:

—¡Ay, chiquillo! ¡Si no es por tí me mató! El murmuró suplicante:

—¿Me quieres?

—Sí.

—¿Voy á tu cuarto esta noche?

—¡No, por Dios, que es peor!

—Ven tú al mío.

Con un suspiro ofreció:

—Iré.

III

Nina miróse por última vez al espejo, y sonrió á su imagen. ¡De veras que estaba guapa! El pelo de azabache, partido en ban-

dós, hacía más fino y delgado el rostro pálido en que los ojos de tentación brillaban sombríos. El cuerpo fino y armonioso, elegante y tentador á un tiempo, insinuábase bajo la caricia del crespón de la flotante bata color crema, y de las amplias mangas de encajes surgían los brazos mórbidos, suaves, torneados.

Andando en puntillas, aproximóse á la puerta y escuchó. Nadie. El hotel dormía envuelto en el silencio más absoluto. De pronto estremeciése ante un ruido estridente. Echóse á reír. ¡Bah! Un reloj. Otra vez renacía la calma, y con cuidado dió vuelta á la llave, y entreabriendo la puerta miró á un lado y otro. Nada. El pasillo oscuro y tenebroso permanecía envuelto en el silencio. Cerró la puerta, y en la oscuridad avanzó resueltamente, procurando amortiguar el ruido de sus pisadas. Iba contando las puertas; treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco... Se detuvo helada de horror. Pasos. Una puerta que se abría; luego, otra; alguien que tanteaba las paredes buscando la llave de la luz. ¡Estaba perdida! Habían descubierto la intriga, y con la peor intención del mundo preparado una encerrona. Vaciló un segundo; hacíase preciso tomar un partido; los pasos venían del fondo de la galería, donde estaba el cuarto de ella, y por lo tanto, retroceder era imposible! Y urgía decidirse, por cuanto sus enemigos podían encontrar la llave de la luz, y entonces... ¡No quería ni aun pensarlo!

Un estrépito horroroso le hizo apoyarse temblando en el muro. El misterioso perseguidor había tropezado con uno de los cajones que para escupir había en el suelo. Debía ser un torpe. Y Nina, confortada por aquella idea, resolvióse rápidamente. Justo; aquello era lo único posible; se metería en el cuarto de su amante. A tientas avarzó; sintióse sujeta por unos brazos amorosos que la atrajeron sobre el pecho amigo, y una voz acariciadora murmuró á su oído:

—Nena, vida, créf que no venías.

La puerta cerróse tras de ellos, y él buscó la luz.

—¡No, por Dios, que anda gente por los pasillos!—murmuró ella temerosa, en voz apenas perceptible.

En silencio obedeció el caballero, y, empujándole suavemente, cayeron ambos sobre el lecho.

Pasado el primer transporte pasional y mientras él reposaba, Nina hizo algunas observaciones. Realmente era menos fornido de lo que parecía con el traje de *sport*. Su cabello parecía duro para ser tan rubio; en cambio, el bigote antojábasele ahora más

largo y sedoso. Sus dientes... Pero el galán, impaciente, volvía á la carga, y Nina, incapaz de seguir por el camino del análisis, dejóse arrastrar por el despeñadero pasional.

IV

Cuando despertó, el sol colábase procazmente por los intersticios del balcón. Nina abrió los ojos, los volvió á cerrar herida por la luz; pasóse la lengua por los labios, se



—Vamos, tontina, no me niegues que Pepito Grande te pica en curiosidad.

—No, mamá; te puedo asegurar que no me pica todavía.

desperezó, y, por fin, corrió á abrir los ojos y clavó las cejas en su compañero. Dió un respingo.

¡Su marido! ¡Junto á ella dormía su marido! Sobre la almohada, los negros rizos resbalaban salvajes libres del cómetico; las largas pestañas trazaban azuladas sombras sobre las mejillas morenas; y bajo el bigote negro y sedoso, los labios entreabiertos dejaban ver los dientes fuertes y blancos.

Nina le contempló un momento con arrebato voluptuoso; luego, una nube de tristeza veló el bello rostro, y nostálgica suspiró:

—¡Qué lástima que no sea pecador!

Antonio de Hoyos y Vincent.

LA SEÑORA DIABLO



El infierno es un organismo ultraterreno tan admirablemente constituido, que causaría la admiración y la envidia de más de cuatro departamentos ministeriales.

Allí reina el orden más completo; todo está en su punto; todo marcha como sobre carriles, y no se da el caso de que haya tropiezo alguno en el funcionamiento de los diferentes negociados que integran aquella terrorífica mansión.

Los funcionarios infernales acuden á sus

negociado de *entradas*, y entabla con él éste ó parecido diálogo:

—¿Cuántos ingresos ha habido hoy?

—Treinta y cinco mil cuatrocientos veintiocho.

—Pocos me parecen. Veo que se peca poco en el mundo, y sobre todo en España.

—¿Está La Cierva en el poder?

—No, gran señor.

—Y entre los llegados hoy, ¿hay algún caso raro?

—Sí, gran señor; ha venido uno con siete cadenas perpetuas; es decir, que se ha casado siete veces.

—¡Animal! ¿Y qué has hecho con él?

—Pues darle dos patadas en la región glútea, según se entra á mano derecha, y reexpedirlo para el limbo.

—Lo merece por imbecil.



—Oye, Remigia, ¿te renta mucho?

—¿El qué?

—Eso que tienes colocado en el banco.

puestos con cronométrica puntualidad, y ninguno de ellos cobra más que un solo sueldo, aunque son muchos y muy diversos los servicios que prestan.

Se lleva un minucioso registro de *entradas*, en el que constan todos los pormenores y circunstancias de cuantos entran en el infierno, y cuando alguno llega allí sin motivo, se le reexpide inmediatamente para su verdadero destino.

Todas las noches, Luzbel llama al jefe del

localidad en que el pecado amoroso se ha cometido.

¡No hay para qué decir que los timbres están sonando constantemente!

Pero desde hace miles y miles de años, Luzbel venía observando que el timbre correspondiente á Sacatepeque de Arriba, un pueblecillo de la América Central, no había sonado jamás.

Consultados los registros de *entrada*, vió con la natural sorpresa que al infierno no



—Vamos á ver, Luisito, ¿qué es calumnia?
 —Una cosa que se les levanta á los hombres.

había llegado nunca ningún pecador procedente de aquel pueblo.

—¿Qué pasará allí?—pensó Luzbel, paseándose agitado y nervioso.

Para salir de dudas y saber á qué atenerse, llamó por teléfono á su corresponsal en Satepeque.

—¡Presente! ¿Quién llama?
 —¡El Angel de las Tinieblas!
 —¡Gran señor!...
 —¿Ocurre alguna novedad en ese pueblo?
 —Ninguna, gran señor.
 —¿Estás seguro?
 —¡Segurísimo!
 —¿Ha estado alguna vez descompuesto el aparato telefónico?
 —¡Jamás!

—Pues entonces, no me explico... El timbre no ha sonado nunca, y me extraña... ¿Es que ahí no peca nadie?

—¡Nadie!
 —¿Entonces, qué haces ahí? ¿Para qué te tengo yo ahí? ¿Por qué no fomentas el pecado?

—Señor, yo cumplo al pie de la letra todos tus infernales mandatos; pero nada; la gente no entra por uvas. Yo fomento constantemente los pecados capitales, y es inútil, porque en este pueblo se desconoce la lujuria; no existe la uva; se odia la gula; no se ha

conocido jamás un caso de soberbia; no hay avaros; la envidia es totalmente desconocida, y de perezosos no hay un solo ejemplo. He propagado con inverosímil profusión la literatura picaresca; he mandado construir un «cine» donde se exhiben películas naturalistas, capaces de ruborizar á un cabo de consumos en funciones de su cargo; he inaugurado recientemente un teatro de «varietés», en el que las estrellas más brillantes del género, vestidas con el traje primitivo, pero con pendiente, para dejar á salvo la moral, cantan cuplés que pican más que el Zurito; y, por último, establecí en la plaza un baño á la intemperie, obligatorio para las mujeres...

—Y naturalmente, los hombres acudirían á la hora del baño, como los ex ministros españoles al cebo de una plaza de consejero de Estado.

—Nada de eso, gran señor. Los hombres, á la hora en que las mujeres se bañan, se van á la calle inmediata á jugar á la «rana» ó al julepe.

—¡Parece imposible!
 —Lo que te digo, gran señor.
 —¿De modo que las mujeres no engañan á sus maridos?

—¡Jamás! Los matrimonios de este pueblo se llevan como ángeles...
 Apenas el corresponsal hubo pronunciado



—¡Qué bruto! ¡Así se quejaba la señorita!

la palabra ángeles, Luzbel lanzó un rugido terrible y comenzó á arrojar llamas por la boca, torrentes de pez hirviendo por las fosas nasales y carbones encendidos por los ojos.

Luego, dirigiéndose al imprudente corresponsal, le dijo con voz detonante:

—¡Imbécil! ¡Como vuelvas á pronunciar esa blasfemia, te traigo por los cabellos y te

mentos que invente uno que sea verdaderamente terrible, para aplicárselo.

Cuando Luzbel estaba más engolfado meditando sus planes de venganza, se presentó su esposa, y dirigiéndole una mirada de fuego, capaz de carbonizar á otro que no fuera el demonio, le preguntó con acento infernal:

—¿Qué te pasa, esposo mío?

—¡Nada!—contestó Luzbel secamente.

—¿Atendiste mi recomendación en favor de aquel pobrecito pecador?

—Sí, y ni él ni tú os podéis quejar de mi magnanimidad.

—Vino de España recomendado á mí por Lerroux.

—Pues le he sacado de los hornos crematorios, y le he mandado á que se refresque durante un par de siglos en la caldera del aceite hirviendo.

—Gracias, esposo mío, en nombre de ese desgracia-

do. Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás preocupado? ¿Ocurre en la mansión de las tinieblas algo de particular?

Entonces, Luzbel refirió á su esposa detalladamente el motivo de su honda preocupación.

—Sí—contestó la señora del diablo—es extraño, es verdaderamente raro que en Sacatepeque no haya pecadores.

—¡Se me ocurre una idea!—dijo Luzbel de pronto, dándose una palmada en el cuerno derecho.—Yo mandaré un mensajero extraordinario á Sacatepeque, para que me informase de lo que allí ocurre, porque el corresponsal que tengo allí me tiene escamado.

—Es una gran idea, esposo mío.

—Pero temo que el que envíe se detenga en el camino y se gaste los cuartos del viaje.

—Es verdad...



—Vaya una perra que tiene el niño. ¿Le has pegado?

—No, el que se ha pegado es él.

hago freir durante tres mil siglos en la caldera del plomo derretido.

—¡Perdón, gran señor!

Mediaba la noche. Luzbel, después de haber despachado con todos los altos jefes del infierno, se encerró en el departamento de los timbres.

Luzbel estaba dado á sí mismo, porque aquello de que en su reino no hubiese ningún vecino de Sacatepeque, le sacaba de quicio.

—Yo creo—pensaba—que el corresponsal me la da con *fromage*... ¡Ah! Si eso fuera cierto, si resultara que hace combinas con los pecadores para abrocharse unos pesos... Pero yo me enteraré, y como sea cierto, yo le juro que encargaré á la comisión de tor-



Demetrio

—¡Ay, negra! Si siento que venga el verano, es por las chinches.

—No te apures, tonto, que voy á comprar insecticida, y vamos á echar polvos hasta en las sillas.

—Yo no me fío de nadie... ¡Si tú quisieras!... ¿Te atreverías tú á ir á Sacatepeque con la misión de averiguar si es cierto que allí no existe ninguna mujer que engañe á su marido?

—¡Con muchísimo gusto, esposo mío!

—Pues que te preparen ahora mismo el monoplano más rápido y á Sacatepeque. Yo creo que antes de cinco minutos estarás allí.

—Seguramente.

Y Luzbel y la señora diabla se despidieron con un cariñoso ósculo.

Seis minutos después de la despedida, y cuando la señora diabla acababa de llegar felizmente al término de su viaje, el timbre que correspondía á Sacatepeque de Arriba, comenzó á sonar escandalosamente.

—¡Cuerno! — exclamó Luzbel echándose ambas manos á los suyos, que comenzaron á crecer en proporciones alarmantes...

Manuel Soriano

MÁXIMA RECOMENDABLE...

—Si ves á una anciana ó á una niña en peligro de ahogarse, arrójate á salvarla, que

puede ser tu madre ó tu hija. Si ves en el mismo caso á una mujer de tu edad, déjala, que puede ser la tuya.



«... Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON »

¡Qué feliz iba á ser! Aquel instante era el mejor instante de mi vida; á mi amada, por fin, de amor rendida, estrechaba en mis brazos, delirante.

De pronto, su hermosísimo semblante palidece, me mira sorprendida, á tiempo que una voz aborrecida la llama con arpegios de elefante.

Pánico general y desbandada; yo, por salvar á la mujer amada, salto por el balcón, invoco al cielo, y... no quieras saber, lector querido, el susto que llevé, medio dormido, al caer de la cama al santo suelo.

A. Ortega



El tabernero.—¿Qué va á ser?
La parroquiana.—¡Chicol

LOS PUÑOS DE MARGARITA...



L lance, que fué famoso, extraordinario, ocurrió en Roma, la ciudad de los Papas. Allí vivía una lavandera que era la predilecta de todos los hogares; una lavandera disputada, más aún, mimada por todas las familias. Los servicios de Margarita, que así se llamaba la *princesa del enjabonado*, se pagaban muy bien por las más encopetadas señoras.

—¡Oh, Margarita!—decían muchas damas de ilustre abolengo—ninguna como ella para

parecía fabricada para expresar ternezas.

Empezó su oficio á los quince ó dieciséis años, y lo empezó teorizando, que hasta en eso de lavar caben las teorías cuando están bien aplicadas.

—La ropa sucia—decía Margarita—debe lavarse en casa; en ninguna otra parte queda mejor, y además se evitan curiosidades impertinentes y comentarios indiscretos.

Margarita empezó á ir á las casas, y en todas partes adquirió merecido renombre. Las doncellas defendían á Margarita, y las señoras lo mismo: de suerte que Margarita ganaba cuanto quería, y también iba de uno en otro palacio, según su antojo, y hasta parecía algo amiga de algunas muy ilustres señoras de la corte.

En aquella sazón vivía en Roma la princesa de Fraschetti, rubia adorable, ideal, con los ojos claros como el cielo de un amanecer primaveral, y el pelo rubio como rayos de sol. El príncipe Fraschetti era un viejo gruñón y celoso, extremadamente celoso. Para evitar las miradas que los galanes dirigían á la princesa, y burlar riesgos mayores y muy posibles, prohibió en absoluto á su

mujer el que saliese á la calle. Despidió á sus criados, sustituyéndoles por mujeres viejas como él, con trazas de brujas, y convirtió su señorial mansión en una especie de castillo encantado, cárcel de la hechicera rubia, destinada á no gozar del mundo y á consumir su hermosura en aquellos solitarios salones, en los cuales acabaría por morir de aburrimiento, de frío en el alma.

Dijéronle cierto día al príncipe que su mujer recibía billetes amorosos.

—Pero, ¿cómo?—preguntó—, ¿dónde?

—Pues en los cestos de la ropa limpia



La señora.—(Con entusiasmo) ¡Qué bien tocan esta pieza!

El jefe de familia.—(Con absoluto deleite) ¡El del violín es el que la toca con más gusto!

dejar la ropa blanca, igual que el ampo de la nieve. ¡Qué puños tiene, cómo aprieta! y qué restregones tan fuertes los suyos!...

Por supuesto, que con sólo ver á Margarita se comprendía que fuese una lavandera inimitable. Alta, erguida, de hombros anchos, brazos recios y fuerte musculatura, más parecía un suizo de la guardia del Pontífice que una infeliz trabajadora. En su rostro había señales que delataban las delicadas propias de su sexo. Aquellos ojos negros rasgados, brillantes, hablaban de amor; la boca plegada, de labios finos y sonrosados,



—Aunque sea indiscreción, ¿es usted señora ó señorita?

—Podía usted haber reparado que soy de clase pasiva caballero.

que las lavanderas devuelven, y n escondidas cartas dnices y sentidas.

—¿Sí?—exclamó el príncipe; pues ya no volverán á sacar ropa de mi casa.

Y en seguida dispuso que la lavandera fuese á su palacio en los días precisos.

Y, como era lógico, llamaron á Margarita. Acudió la célebre lavandera, y en casa de los príncipes Fraschetti fué tan bien recibida como en otros lugares principalísimos también. Sobre todo, la princesa quedó prendada de las cualidades de Margarita.

—¡Cuánto me alegro de vuestra determinación!—dijo al príncipe (su consorte—; con esa muchacha que ha venido, queda mi ropa mucho mejor, y hasta yo misma, que jamás tuve afición á ciertas bajas ocupaciones, huélgome mucho ahora de acompañar en sus faenas á la lavandera. Es muy pitorrosa, muy ale-

gre. Me regocija el alma con su charla continua y sus ocurrencias.

—Tate—pensó el príncipe—; esta Margarita se ha prestado á ser encubridora de mi esposa y por eso la complace tanto. Evitaré el peligro.

Y dispuso el príncipe que si Margarita quería seguir al servicio de su señora la princesa, había de acomodarse á vivir en aquel hogar, del cual quedaba prohibida en absoluto la salida.

Margarita contestó que de muy buen grado se quedaría encerrada como las demás sirvientes y la dueña de aquella mansión; que era tanto el afecto y la lealtad que la inspiraba su señora, que por ella se sacrificaba á vivir entre cuatro paredes.

Cuando supo esto la princesa, no disimuló su regocijo, y el príncipe descansó.

Apenas corrió entre las mujeres de Roma la noticia de que la famosa lavandera se había quedado al servicio de los príncipes Fraschetti, se alarmaron mucho, y hasta se propusieron á hablar de perfidias y de ingratitudes.

El caso fué que en cierto día el conde Asti habló con el príncipe Fraschetti, en los siguientes términos:

—Permitidme, príncipe, que un hombre de mi linaje entretenga vuestra atención con asuntos de poco momento.

—¿De qué vais á hablarme?

—De vuestra lavandera.



—Sí, sí, es un maldiciente, un chismoso. ¡No puede dejar quieta su lengua.

—¡Ay, pues á mí eso me gusta con delirio!



Pemeiro

—¡Pero muchacha, cómo te encuentro después de mi último desnudo!

—Pues ya ves, consecuencias de otro desnudo.

—¡Cómo! ¡Me asombráis!

—Sabed que he descubierto un gran secreto, que conviene á todos conocer, porque mucha parte de la nobleza romana ha sido víctima de un engaño cruelsísimo.

—Proseguid, proseguid, conde.

—Margarita, la célebre lavandera, no es tal Margarita ni es tal lavandera.

—Entonces ¿es...?

—Lavandero. Es un joven disfrazado de mujer desde hace algunos años.

—¡Así dejaba tan blanca la ropa!

—Mientras acudió á varias casas que se disputaban sus servicios, no pudo descubrirse la superchería; hoy han cambiado las cosas.

Los dos aristócratas entregaron á la justicia á la supuesta Margarita. La princesa lloró al ver redoblados los celos del príncipe, el cual dijo:

—¡No me sirvió que la lavandera viniese aquí! Pues bien, para evitarme disgustos y deseando que mi hogar no tenga ninguna comunicación con el mundo, ni aún con los lavanderos, he dispuesto... ¡que llevemos siempre la ropa sucia!...

Julio Estévez

SUCEDIDOS...

Una orgullosa y linajuda señora otorgaba sus favores á un cómico á quien recibía casi todas las noches, y él llegó á tener tanta confianza, que un día se atrevió á visitarla, sin preocuparse de lo que la servidumbre pudiese murmurar.

La dama, irritada por tanto desparpajo, le preguntó con altanería:

—¿Qué busca usted, caballero?

—Mi gorro de dormir—repuso él sin inmutarse.



EPIGRAMITA

En cierto mercado, Elena rábanos vendiendo estaba, y una vez y otra exclamaba: —¡Quién me estrena, quién me estrenal Y oyéndola así gritar, dijo un chusco:—¡Brava ideal ¡Para el tonto que la crea que está aún sin estrenar!

Félix Recto



—Os compadezco, chicas, porque caeréis en la cama rendidas.

—Eso depende del movimiento.

NUESTRAS COCOTAS

CECILIA GALVEZ



A gentilísima Cecilia Gálvez, cuando hace unas noches en la casa en que vive en la calle de la Libertad, la hablé de que contase en LA HOJA DE PARRA el proceso de su carrera y se dejase retratar por Enrique de un modo original, me dijo loca de contenta:

—¡Sí, sí, sí!... Sobre todo quiero retratarme; pero colocándome yo como yo quiera. En esto de posturas se mucho más que tú.

Dos ó tres días después fuimos á interviewarla. Nos recibió encantada, obsequiándonos con benedictino y con coñac, con cigarros habanos... ¡qué sé yo!

En tanto que nosotros fumábamos, Cecilia nos refirió su historia breve y grata. Nació en un pueblecito de Córdoba, cerca de Rute. Sus padres eran labradores acomodados. A ella, hija única, gentilísima, mona, la hablaron de smores, proponiéndola seriamente el matrimonio todos los mozos del

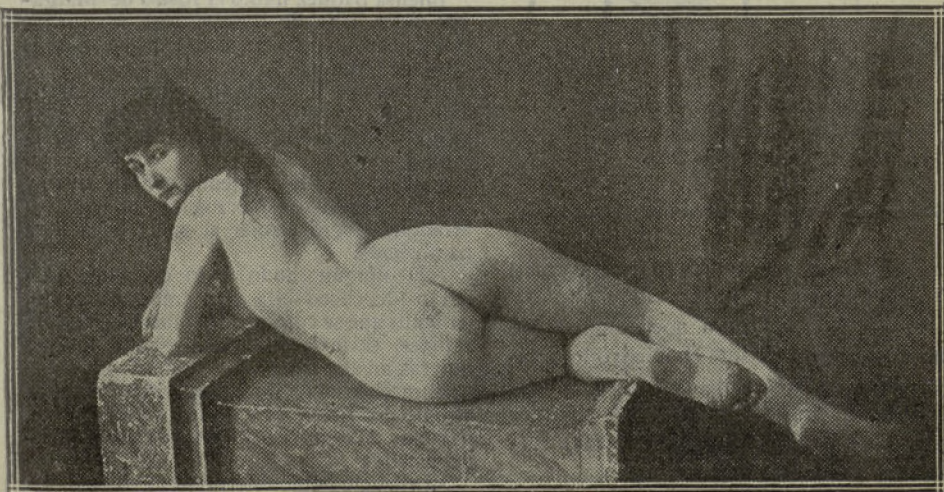
lugar. No quiso á ninguno. Los despreciaba, le parecían poco.

Al fin, un día, recomendado á su padre por un amigo de la capital, llegó á su lugarejo un pintor que deseaba conocer un castillo cercano. El pintor era joven, alto, arrogante, morenote, guapo... Estuvo en casa de los padres de Cecilia cuatro ó cinco días. En aquel tiempo la chiquilla se enamoró de él y se lo dió á entender ó lo adivinó él; el caso es que la juró quererla y tal.

Ausentado el artista, Cecilia recibió hasta tres ó cuatro cartas suyas. Y una mañana, un amanecer frío y tristón de Febrero, tuvo un arranque fiero y cogió de la cómoda en que su madre las guardaba unas pesetas y huyó á buscar al novio.

Fué un idilio ideal la unión de la pareja los primeros meses. El la acariciaba y la cuidaba con solicitud paternal. La hablaba con palabras que ella nunca había oído; un día, elogiando su carnecita blanca, la propuso copiar su cuerpecito, tan bien hecho...

La retrató una vez, otra; varias... Siempre



CECILIA GALVEZ

(Fot. Enrique.)

desnuda; obligándola, á veces, á permanecer horas y horas en posturas molestas, inverosímiles...

Cuando vinieron á Madrid, y se instaló aquí, ha dos años, él comenzó á desviarse un poco... Luego fué buyéndola, y acabó abandonándola. ¡La historia eterna!

—Yo, claro está—nos dice Cecilia entornando sus ojos negros, grandes y ojerosos—hubiera podido entonces ganarme la vida sirviendo de modelo de pintor. Pero no qui-



—Pues yo quiero un poco de leche.

—¿Le gusta á usted fría ó caliente?

—Chica, como salga de la teta.

se, no. ¡Me hubiera recordado tantas cosas! Y preferí esto.

Luego, ella sola, como noches antes me anunciara, se colocó ante el objetivo fotográfico. ¡Sabe, efectivamente, tanta postural

—Pero quiero entre todas ésta—nos dice—porque así, sobre un baúl, me estaba retratando él cuando me dejó.

.....
Jacinto Carmin

COMO CAEN MUCHAS MUJERES



SE FUMABASE el colorido del paisaje cuando Margarita y Orlando, al arullo de amorosas palabras, abandonaron lentamente la ciudad é internáronse, dulcemente enlazados, en la frondosa y lozana arboleda.

Conforme avanzaban íbase estrechando, más y más, el contacto entre ambos cuerpos.

Orlando, presa de una nerviosidad intensa, exploraba disimuladamente el paraje. Ella, por el contrario, parecía tranquila y despreocupada.

Confesáronse mutuamente la avasalladora pasión que albergaban en sus respectivos pechos, y en tan entretenido coloquio se echó encima la noche. La moza, un tanto inquieta, dispúose á desandar lo andado. No era del mismo parecer Orlando, que trató de tranquilizarla por todos los medios persuasivos.

Inútil empeño.

Todas sus argumentaciones eran rebatidas tenaz y tozudamente por la zagala.

El mancebo, que veía desvanecerse como por encanto todos sus planes forjados y madurados en el transcurso de muchos días, al calor de las inmaculadas sábanas de su lecho, jugándose el todo por el todo, estrechó entre sus nervudos brazos á la moza y, atenzándola con ellos, posó en los carmesíes labios femeninos un sonoro y prolongado beso.

Intensa palidez nubló el rostro de Margarita quien, falta de fuerzas para resistir las bruscas acometidas del sátiro, pensó en huir, ¡Vana quimera!

Las manos de Orlando oprimíanla hasta sofocarla. Precisaba aceptar la lucha, y la pundonorosa joven, un tanto rehecha, no la rehusó.

Entabló terrible contienda con su rival, y tras de no escasos esfuerzos, en un supremo arranque, logró arrojar al suelo á la fiera hambrienta.

—De ningún modo te lo consiento, Orlando—baluceó ella con trémulo acento, en tanto que se colocaba las faldas á guisa de zajones, entre las piernas. — Todo lo que quieras menos eso.

El macho, fuera de sí, aproximó su boca al oído de la hembra y deslizó en él algunas palabras. Margarita bajó los ojos avergonzada, y calló.

Su silencio debió interpretarlo en sentido favorable el galán, porque nervioso, ciego, frenético, loco, se abrazó con selvática furia á Margarita y la arrojó brutalmente sobre el

césped. En seguida oprimió con rabia entre sus dedos la divina cabeza de ella y la atrajo con ímpetu hacia sus velludas y hercúleas piernas.

Ella, roja, sofocada, no se defendía ya. Entreabrió sus purpúreos labios y... consumó el sacrificio por lo que la ciencia médica llama acto de succión.

Bien es verdad que estas clases de caídas, con ser más repugnantes que otras, no afrentan á las hembras ni las impiden tomar estado, porque son caídas, desgraciadamente, que desconocemos todos.

Fernando S. Yeste



¡AMOR!



CURRIÓ este lance hace pocas noches en la calle de San Marcos, á las dos de la madrugada. Mi amigo Eduardo Pérez salía... ¡vayan ustedes á saber de dónde! cuando una *desnudable* alta, gruesa y

no mal parecida, le detuvo poniéndole sobre el pecho una mano blanca, que olfa á violetas.

—¿Dónde va usted?

—A mi casa.

—¿Tan temprano?

—¿Qué quieres? Soy así; esclavo de las buenas costumbres.

—¿No tiene usted ganas de ver un cuerpo bonito?

—¿Cuál?

—El mío.

—Gracias; pero no puedo aceptar tu ofrecimiento generoso. No llevo dinero...

Luego, deseando mostrarse galante, invitó á su interlocutora á beber una copa

de aguardiente en una taberna próxima. La joven aceptó. En pie, delante del mostrador y bajo la luz blanca de las lamparillas eléctricas, Eduardo y su amiga se examinaron curiosamente. Ella le escudriñó atenta, con una curiosidad interrogadora que desmenuzaba los menores detalles de su persona y de su traje: el color de la corbata, el corte del pantalón, el estado de las botas. Realmente, Pérez, si bien pasó ya de la primera juventud, no es un hombre «definitivamente» feo.

—Aunque no tenga usted dinero—dijo ella—no importa; me gusta usted. Venga usted conmigo.

—¿Cómo?

—Venga usted.

—Pero... ¿así?—repuso Eduardo haciendo con los dedos índice y pulgar de su mano derecha ese gesto conque, en todos los países, se expresa el dinero.

La joven contestó:

—Así.

Pérez se alzó de hombros con aire indiferente y desengañado.

—Vaya, niña—dijo—esas son bromas.

¿Cómo voy á creer yo que una mujer como tú, va á enamorarse de mí de manos á boca?

Mas, como ella insistía poniéndose muy



El parroquiano.—¡Parece mentira que una muchacha de tus méritos esté en un sitio como éste!... ¿Por qué no tomas otro rumbo?

La interpelada.—¡Ay, chico, he tomado tantos, que ya no sé por dónde tomar!...

sería, él aunque á regañadientes y como quien teme una celada, se dejó convencer. Subieron al piso segundo de una casa de la misma calle y penetraron en una alcoba grande y estucada; un amplio lecho de nogal ofrecía su panza hospitalaria y tolerante bajo una colcha roja; sobre la mesilla de noche ardía un quinqué. Eduardo Pérez advirtió que los visillos de una puerta de cristales, herméticamente cerrada, se movían...

—En ese otro dormitorio—pensó—también hay gente.

Ella le abrazó.

—Soy tuya—murmuró.

—¡Mial... ¿Es posible? ¿Y hasta cuándo?

—Hasta que quieras. Hace mucho tiempo que ningún hombre me gusta tanto como tú.

Las cortinillas de la misteriosa puertecilla de cristales volvieron á agitarse, como si una mano trémula las sacudiese. Pero Eduardo ya se había olvidado de todo...

Ocho días después, Pérez y su amiga de una noche, se tropezaron en la calle de Peligros, y el se detuvo para saludarla. La joven le recibió con una sonrisita cortante de ironía.

—¿Tú habrás creído—dijo—que yo había llegado á enamorarme de tí?

—Eso no lo creí nunca. Únicamente el capricho—dijo él.

Ella le interrumpió:

—¿El capricho de pertenecerte? ¡Cá, tonto!

—Entonces...

—Menos que eso.

—No comprendo...

Pérez empezaba á desconcertarse. Ella, viéndole desorientado y no queriendo prolongar la broma más tiempo, concluyó gravemente:

—Te llamé, porque en la alcoba contigua á la habitación que nosotros ocupamos, había un individuo, un tipo raro... que me daba cincuenta pesetas por verme entre los brazos de un hombre. Eso fué todo.

Escarmienta, lecor pio.

No hay seducciones desinteresadas. Todas las mujeres cuestan algo: las más baratas, dinero ó disgusto. Otras, las peores, la libertad; cuando no el ridículo. El amor sirve sólo para limpiar metales.

Luis de Ossa

CURRENTE CALAMO

Tres ingenios de esta corte dieron en llamarme viejo, cuando estoy forte que forte y... no tengo tan mal porte, según me dice el espejo.

Más de una joven repara en mí, con gran interés,

—miren qué cosa tan rara—

¡cómo serán esos tres

pollos, que no dan la caral

Mas como la juventud

del día, pulsa... el laud

con tanta y tanta frecuencia,

pasa, de la adolescencia

rápida á la senectud.

A comer fué con Inés

el más joven de los tres

pollos, que no han dado un ripio,

y, según supe después,

no comió... ni del principio.

Si aunque le mimen y soben

no come arroz con conejo

—por mucho que se lo adoben—

¿qué hará después este... joven

que á su edad está hecho un viejo?

Gonzalo Cantó



“DE TELÓN ADENTRO”

Con este título ha publicado D. Fernando Porset un libro muy curioso, en que recoge varias entrevistas que ha celebrado con actrices, típles y «divettes», algunas muy bonitas.

Merecen leerse. Y eso que el Sr. Porset se ha dejado en el tintero lo más sustancioso. A juzgar por el retrato suyo, que aparece en la segunda página del librito, el autor es joven, «moreno y ardiente». ¿Por qué no ha referido «lo que le pasaba» junto á esas artistas? Hubiera sido curioso.

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

♦ REVISTA FESTIVA ♦

APARECE LOS SÁBADOS

Oficinas:

HUERTAS, 43, PRIMERO



Apartado de Correos número 547.

MADRID